

CONSTITUCIONALISMO EN EL HORIZONTE EUROPEO

**Teresa Giménez Barbat, Fernando Savater, David Jiménez Torres,
Arcadi Espada, Ignacio Vidal-Folch, Albert Boadella,
Alejo Vidal-Quadras, Victòria Camps, Juan Carlos Girauta,
Xavier Pericay, Miriam Tey, Teresa Freixes,
Inger Enkvist y Joaquim Coll**



alide

ALIANZA DE LOS DEMÓCRATAS
Y LIBERALES POR EUROPA >>

*En homenaje a todos los ciudadanos
europeos que defienden la democracia
y el cumplimiento de la ley*

ÍNDICE

TERESA GIMÉNEZ BARBAT, <i>Constitucionalismo en el horizonte europeo</i> Introducción	2
FERNANDO SAVATER, <i>La ocasión perdida</i> Tarradellas regresa del exilio (23/10/1977)	5
DAVID JIMÉNEZ TORRES, <i>Los que no pudimos ser catalanes</i> Atentado de Terra Lliure contra Jiménez Losantos (21/05/1981)	7
ARCADI ESPADA, <i>Un cielo falso</i> Barcelona, designada sede de los Juegos Olímpicos (17/10/1986)	10
IGNACIO VIDAL-FOLCH, <i>Inolvidables veladas junto a Hipercor</i> ETA atenta contra el Hipercor (19/06/1987)	12
ALBERT BOADELLA, <i>Antecedentes de Ubú President</i> Boadella estrena <i>Ubú President</i> (18/10/1995)	15
ALEJO VIDAL-QUADRAS, <i>El Foro Babel, un destello de luz en las tinieblas</i> El Foro Babel (16/12/1999)	18
VICTÒRIA CAMPS, <i>Asesinato de Ernest Lluch</i> ETA asesina a Ernest Lluch (21/11/2000)	21
JUAN CARLOS GIRAUTA, <i>La reunión de Perpiñán</i> El pacto de Perpiñán con ETA (26/01/2004)	24
XAVIER PERICAY, <i>El manifiesto del Taxidermista</i> Manifiesto por un nuevo partido político en Cataluña (07/06/2005)	27
MIRIAM TEY, <i>Albert Rivera al desnudo</i> Ha nacido tu partido (16/09/2006)	29
TERESA FREIXES, <i>Jordi Pujol confiesa el fraude</i> Pujol confiesa evasión y fraude fiscal (26/07/2014)	32
INGER ENKVIST, <i>La inmersión como arma política</i> Los alumnos piden respeto (05/10/2017)	35
JOAQUIM COLL, <i>Los catalanoespañoles se echan a la calle</i> Manifestación del 8 de octubre (08/10/2017)	38

CONSTITUCIONALISMO EN EL HORIZONTE EUROPEO

Introducción de Teresa Giménez Barbat



Es probable que uno de los motivos de que haya menos guerras sea que hay menos naciones. El porqué es simple: estadísticamente, hay un mayor riesgo de conflicto bélico entre países que en el seno de países consolidados. Lewis Fry Richardson, matemático, médico, meteorólogo, psicólogo y pacifista inglés, pionero del estudio de los fractales y del empleo de las matemáticas en los pronósticos del tiempo, aplicó dichos conocimientos al estudio de las causas de las guerras y cómo prevenirlas. En su famoso y extenso *Statistics of Deadly Quarrels* (Boxwood Press, 1960) cotejó estadísticas que apuntaban, entre otras cosas, a la existencia de un menor número de conflictos intraestatales en comparación con los habidos entre Estados.

La adopción de políticas y sistemas legales comunes y la solución de conflictos por instancias más alejadas de las partes implicadas se reconoce como un factor

importante en la pacificación progresiva de territorios cada vez más extensos. En su libro *Los ángeles que llevamos dentro* (Paidós, 2012), Steven Pinker sugiere que el avance de la llamada «Larga paz» ha venido dado en gran parte por esa disminución progresiva de Estados o unidades políticas. Por otro lado, la cesión de soberanía a organismos supranacionales, como la UE, la ONU y los tribunales internacionales, y los tratados de libre comercio entre países refuerzan la tendencia a la resolución de problemas por medios racionales, pacíficos y consensuados.

Cuando una región perteneciente a un país consolidado y democrático empieza a dar pasos en dirección contraria, se produce lo que Richardson califica de regresión histórica. En cierto modo, la historia reciente de Cataluña es un claro ejemplo de ello. Hagamos memoria.

Desde que, en 1980, se hizo con la presidencia de la Generalitat, el líder nacio-

nalista Jordi Pujol abjuró del recto compromiso con la democracia española que había asumido Josep Tarradellas y se dio al fomento del supremacismo, el antiespañolismo y, sobre todo, el victimismo. Para ese empeño, se valió de una trama clientelar convenientemente regada con subvenciones y otras prebendas, y del uso instrumental de la educación y los medios de comunicación públicos, fundamentalmente de TV3. Detengámonos aquí, en la denominada, en profético *lapsus linguae*, La Nostra, pues no parece aventurado asegurar que sin ese foco de irradiación, la Cataluña de hoy en día sería inconcebible. La mofa ininterrumpida del llamado «Estat Espanyol», la entronización del Barça como ejército simbólico catalán (Manuel Vázquez Montalbán©) y una ingente cursilería fueron, desde primerísima hora, los rasgos primordiales de una televisión íntegramente dedicada a exhibir el mismo paisaje moral que se afanaba en fabricar.

Este juego especular, puramente opiáceo, entre tele y pueblo, ha derivado en muchas otras anomalías o, por decirlo con Richardson, muchas otras regresiones. Una de ellas, y en la que nunca insistiremos lo suficiente, es la exclusión del Gotha de las inteligencias desafectas al nacionalismo. Me refiero, claro está, a los Arcadi Espada, Valentí Puig, Ferran Toutain, Xavier Pericay, Juan Carlos Girauta, Ignacio Vidal-Folch, Félix de Azúa, Félix Ovejero, Carlos Trías (†), Horacio Vázquez-Rial (†), Francesc de Carreras, Ana Nuño y, cómo no, Albert Boadella, príncipe de los disidentes.

Todos ellos son intelectuales de primer orden, sí, pero no les cabe el honor de serlo «de país», genitivo que expresa en Cataluña la pertenencia a Nosaltres S.A. o alguna de sus filiales, y que rayó en el paroxismo con el editorial conjunto, «de país», con que la prensa subsidiada se abrió de capa el 26 de noviembre de 2009, o con la convocatoria, tras el fallido referéndum del 1 de octubre, de una huelga general «de país». También fallida, por cierto.

Ante la progresiva difuminación de la presencia del Estado en Cataluña, hubo que improvisar. Como lo habían hecho, a su heroica manera, los 2300 firmantes del manifiesto a favor del bilingüismo. Al cabo, en 2004, y tras varios intentos infructuosos de articular una resistencia civil que modificara el estado de las cosas, la fundación y consolidación del partido Ciudadanos, y la más reciente aparición de entidades como Sociedad Civil Catalana o CLAC, así como la puesta en marcha de iniciativas que también involucraron al PSC y al PP, cuajó en un movimiento que bien podríamos llamar constitucionalista y, ni que decir tiene, proeuropeo.

La manifestación masiva del 8 de octubre de 2018, que tuvo la virtud de conjurar «el Procés», fue la primera gran demostración de fuerza de dicho movimiento. Asimismo, certificó la quiebra definitiva del simulacro de consenso que, al decir de los nacionalistas, presidía Cataluña, esa «cohesión social» que, como todas sus añagazas retóricas, empezando por el derecho a decidir y acabando por la reivindicación del Sí (a la independencia), no era sino



CATALUÑA, ESPAÑA, EUROPA - 24/05/2014

Los candidatos catalanes para las elecciones europeas posan para *La Vanguardia*. De izquierda a derecha, Teresa Giménez Barbat, Ernest Urtasun, Josep Maria Terricabras, Santi Fisas, Ramon Tremosa, Javi López. (© Pedro Madueño / *La Vanguardia*)

una forma peculiar de designar la tersa discriminación estructural a la que estábamos (estamos) sometidos los no nacionalistas.

El camino que emprendió el nacionalismo a principios de los ochenta, en suma, no sólo ha provocado una honda división social en Cataluña y enrarecido la relación entre los catalanes y resto de los españoles. Además, ha alentado en Europa toda clase de sospechas respecto a la calidad de la democracia española e inducido la desconfianza entre países amigos. En esa peligrosa deriva, el separatismo catalán ha contado con la complicidad de euroescépticos y antieuropeístas, que han visto en la crisis catalana una oportunidad única para erosionar el proyecto europeo.

Por fortuna, ninguno de los órganos de la UE (y valga, en este sentido, un especial reconocimiento a la honrosa actitud de nuestro presidente, Antonio Tajani) ha mostrado una sola fisura frente a quienes, en nombre de la identidad, desearían regresar a la suma de beligerancias que fue Europa antes de que los padres fundadores pusieran los cimientos de lo que somos hoy en día: la comunidad más próspera, ilustrada y progresista del planeta. Una comunidad que, en virtud de los principios de cooperación y solidaridad, se ha conformado como un espacio no sólo económico o político, sino también moral. Este libro no pretende ser sino una modesta contribución al fortalecimiento de ese espacio moral.

LA OCASIÓN PERDIDA

Fernando Savater



© EFE

TARRADELLAS REGRESA DEL EXILIO - 23/10/1977

El primer presidente español del periodo democrático, Adolfo Suárez, propició en octubre de 1977 el retorno a España del político Josep Tarradellas, presidente de la Generalidad de Cataluña en el exilio. Desde el balcón de dicha institución, en la barcelonesa plaza de San Jaime, Tarradellas pronuncia ante la multitud su célebre «Ciutadans de Catalunya, ja sóc aquí».

Es cierto que la lejanía del pasado embellece incluso a los políticos y que algunos que fueron poco o nada apreciados cuando compartían nuestro presente van nimbándose de excelencia al considerarlos retrospectivamente. Pero hay casos en que

la nostalgia está muy bien fundada en la experiencia de lo que hoy padecemos. De los líderes políticos que pilotaron la transición a la democracia en España, varios han mejorado su calificación con el tiempo (Torcuato Fernández Miranda, Adolfo

Suarez, el propio Rey Juan Carlos I...) pero ninguno es añorado con tanta razón como Josep Tarradellas, el último presidente de la Generalitat catalana en el exilio y el primero en la democracia. Tarradellas fue un republicano sincero pero no fanático; un progresista de una izquierda sin remilgos (impulsor de una ley del aborto en la República muy adelantada a su tiempo) pero también sin sectarismos exterminadores; partidario del catalanismo declarado, pero no del supremacismo separatista, del imperialismo que pretende apropiarse de los supuestos Países Catalanes, del avasallamiento de quienes provienen de otros ámbitos culturales ni por supuesto de la secesión con el resto de España. Era un hombre de corazón pero también de cabeza, al que la amarga experiencia de la incivil guerra civil y del exilio posterior habían hecho cuajar y florecer, en lugar de quemarle las entrañas como a otros.

El 23 de octubre de este año se cumplirán cuarenta y uno de su aparición en el balcón del palacio de Sant Jordi, lanzando a la multitud entusiasta su famoso grito: *Ja sóc aquí!* Pero aún más importantes

“De los líderes políticos que pilotaron la transición a la democracia en España, ninguno es añorado con tanta razón como Josep Tarradellas,”

políticamente fueron las tres palabras que precedieron a ese lema: «Ciutadans de Catalunya!». Porque se dirigió a todos los ciudadanos, no a los miembros de una etnia ni mucho menos de una tribu alimentada de atavismos mitológicos y nutrida de

resentimiento. Esa fue la gran ocasión de la Cataluña como puntal irrenunciable de la democracia española, como lo había sido ya en las Cortes de Cádiz, de donde brotó nuestra primera Constitución. Pero Tarradellas también supo prever y advirtió con pena lo que

iba a malbaratar ese legado ilustre. Ocho años después, ya en plena presidencia de Jordi Pujol, señaló sin rodeos: «La gente se olvida de que en Cataluña gobierna la derecha: que hay una dictadura blanca muy peligrosa, que no fusila, que no mata, pero que dejará un lastre muy fuerte».

Un diagnóstico lúcido, que le valió en su día malquistarse con los nuevos amos del rebaño independentista. Hoy, al ver a dónde han llevado a Cataluña y al resto de España estos indeseables, sentimos una nostalgia muy bien fundada de Josep Tarradellas.



Fernando Savater (San Sebastián, 1947) ha sido profesor de Filosofía durante más de 30 años. Autor de una cincuentena de obras, entre ensayos filosóficos, políticos y literarios, narraciones y teatro, está en posesión de varios doctorados honoris causa, otorgados por universidades de España, Europa y América, así como diversas condecoraciones, entre ellas la Orden del Mérito Constitucional de España. Ha formado parte de varios movimientos cívicos de lucha contra el terrorismo de ETA en el País Vasco, entre ellos «Basta ya», que obtuvo en 2000 el premio Sajarov a la defensa de los Derechos Humanos del Parlamento Europeo.

LOS QUE NO PUDIMOS SER CATALANES

David Jiménez Torres



© EFE

ATENTADO DE TERRA LLIURE CONTRA JIMÉNEZ LOSANTOS - 21/05/1981

El entonces profesor de secundaria en Santa Coloma de Gramanet Federico Jiménez Losantos, promotor del *Manifiesto de los dos mil trescientos* en favor de la igualdad lingüística en Cataluña, fue secuestrado por miembros de la banda terrorista Terra Lliure, quienes le ataron a un árbol en un descampado de Esplugas de Llobregat, a las afueras de Barcelona, y le dispararon en una pierna.

Yo tendría que ser catalán. Yo tendría que haber nacido en Barcelona, tendría que haberme educado ahí y quién sabe si haber pasado toda mi vida en esa

ciudad. Pero esto nunca sucedió. Esta foto explica el porqué.

El hombre de la foto es mi padre. En ese instante tiene veintinueve años, de los

cuales ha pasado diez viviendo en Cataluña. Natural de un pequeño pueblo de Aragón, se mudó a Barcelona para cursar la carrera. Allí descubrió una ciudad llena de energía y creatividad, una urbe admirada por jóvenes de toda España y que se había convertido en el centro de la resistencia cultural y política al franquismo. Mientras cursaba sus estudios militó en grupos clandestinos contrarios a la dictadura. También defendió la lengua y la cultura catalanas y participó en el clandestino Congreso de Cultura Catalana de Montserrat. Entre reuniones y manifestaciones conoció a María, quien como él había ido a Barcelona para estudiar literatura y para descubrir la libertad. Con el tiempo sería su novia. Con el tiempo sería mi madre.

Pero antes de todo aquello llegó la democracia. Y también llegó el nacionalista Jordi Pujol a la presidencia del nuevo gobierno autonómico de Cataluña. Una de sus primeras decisiones fue imponer un plan de «normalización» de la lengua catalana. Este nombre incluía toda una serie de medidas para convertir el catalán en la lengua prioritaria de Cataluña. Una de las más importantes era la obligación de impartir clase en catalán en toda la enseñanza primaria y secundaria.

Mi padre fue uno de los promotores de un manifiesto que pedía al gobierno de Pujol que recapacitase. Los firmantes sostenían que era necesario que los niños de Cataluña aprendieran catalán y español, y que el sistema educativo debía garantizar el bilingüismo y no buscar la margi-

nación de una lengua en favor de la otra. Recordaban que la lengua materna de muchos catalanes era el castellano. Frente al modelo de la «inmersión lingüística», pedían que fuesen los padres y los profesores quienes decidieran en qué lengua eran escolarizados los niños. También explicaban que la obligación de dar clase en catalán expulsaría de facto de las escuelas catalanas a muchos docentes castellano-hablantes. Unas 2.300 personas, incluyendo intelectuales, periodistas y profesores, firmaron aquel texto.

La prensa y los políticos nacionalistas reaccionaron con furia. Durante meses tacharon de neofranquistas a los promotores de aquel manifiesto que pedía que el gobierno reconociese la realidad de Cataluña, en lugar de la fantasía construida por el nacionalismo. Era una reacción parecida a la que ya había vivido mi padre dos años antes, cuando había publicado un ensayo en el que defendía ideas parecidas a las que se recogían en el manifiesto.

Una tarde, unos militantes del grupo terrorista nacionalista Terra Lliure secuestraron a mi padre cuando salía del instituto donde daba clase. Con él iba una compañera de trabajo. Los llevaron a un descampado a las afueras de Barcelona y a él lo ataron a un árbol. Le dispararon en la pierna y le dejaron para que se fuese desangrando. Ella logró soltarse y correr hacia la carretera, donde finalmente se cruzó con un coche de policía. Rescataron a mi padre.

Esta foto se hizo el día después de que le dieran el alta en el hospital. Desde en-

tonces, es habitual que los nacionalistas le acusen de victimismo. Que le llamen resentido.

El atentado contra mi padre tenía un objetivo: avisar a los promotores del manifiesto y a quienes simpatizaban con sus ideas. En la nueva Cataluña, si decías ciertas cosas y defendías ciertas ideas, te exponías a las consecuencias. Aunque Terra Lliure fuese un grupo reducido, y condenado oficialmente por los principales partidos catalanes, la sombra de la violencia y la intolerancia ya había caído sobre la vida pública. Y el mensaje se escuchó. Muchos de los firmantes del manifiesto empezaron a abandonar Cataluña. Con el tiempo, unos 14.000 profesores pidieron el traslado a otras partes de España. Mi padre estaba entre ellos. Mi madre, que habría querido vivir toda su vida en Barcelona, también.

Sus hijos, como los de tantos otros, terminaron naciendo fuera de Cataluña.

Hay muchas cosas que no sabré nunca. Como lo que es crecer en una ciudad con mar. O lo que es intentar reconstruir tu vida tras un atentado. O lo que es recibir

“El atentado contra mi padre tenía un objetivo: avisar a los promotores del Manifiesto de los dos mil trescientos. Y el mensaje se escuchó. Con el tiempo, unos 14.000 profesores pidieron el traslado a otras partes de España,”

un tiro por defender ideas como la tolerancia o el respeto, para que luego te digan que el problema eres tú. O lo que es verte expulsado de la ciudad que amas por unos pocos fanáticos y un coro silente de hipócritas. No sabré lo que es buscar la fuerza dentro de ti para sobreponerte a todo esto y que tus hijos crezcan en un hogar normal. Para darles

toda la infancia que ellos necesitan tener.

Sí sé que mi padre y mi madre lo lograron.

También sé que la historia de la violencia y la intolerancia en la Cataluña nacionalista es larga. Sé que mi padre no fue el único. Que mucha gente sufrió violencia física, y que muchos más han sufrido intimidaciones, insultos, pintadas, amenazas, desprecios, acoso y silencio.

El duro silencio.

Y sé que para muchos nacionalistas esto no parece ser un problema.

Para muchos nacionalistas, que yo no naciera en Cataluña no parece ser un problema.

Para muchos nacionalistas, esta foto no parece ser un problema



David Jiménez Torres (Madrid, 1986) es profesor de Humanidades en la Universidad Camilo José Cela, articulista en *El Español* y escritor. Se licenció en Filología Inglesa e Historia en la Universidad de Washington en Sant Louis, y cursó un máster en Literatura Europea y un doctorado en Estudios Hispánicos en la Universidad de Cambridge. Es autor de la monografía académica *Ramiro de Maeztu and England* (Boydell and Brewer, 2016), del ensayo literario *El país de la niebla*, dentro de la colección «Baroja y yo» (Ipsa, 2018), y de la novela *Cambridge en mitad de la noche* (Entre Ambos, 2018).

UN CIELO FALSO

Arcadi Espada



© Antonio Espejo / *El País*

LA ALEGRÍA DE MARAGALL - 17/10/1986

La fiesta que siguió a la designación de Barcelona como sede de los Juegos Olímpicos de 1992, el 17 de octubre de 1986, culminó en las fuentes de Montjuïc. La imagen del entonces alcalde Pasqual Maragall saltando sobre el escenario, en contraste con el estatuario de Jordi Pujol, devino en icono del espíritu constructivo del primero y el indisimulado desdén del segundo.

El hombre que salta feliz, envuelto en un egabán improbable, es Pasqual Maragall, alcalde de Barcelona desde 1982. Acaba de llegar de Lausanne, donde esta mañana el presidente del Comité Olímpico Internacional, Juan Antonio Samaranch, ha abier-

to el sobre con los resultados de la votación y ha dicho con una cadencia que se hará inolvidable: «... à la ville de... (un ptit moment)... à la ville de... ¡Barsalona!». Sí, Barcelona será ciudad olímpica en 1992 y esta noche es la primera celebración del éxito.

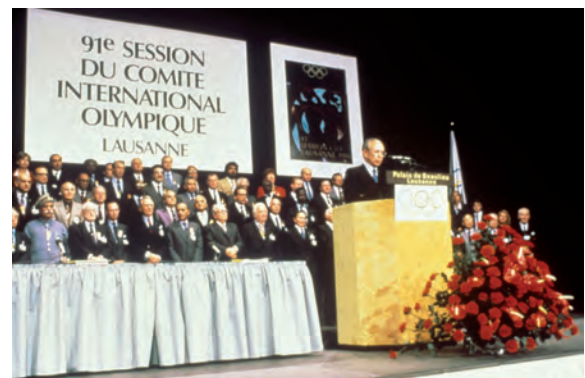
El hombre que aplaude a su derecha, sin que el gesto alcance apenas a disimular su desabrimiento, es Jordi Pujol. Desde 1980 es presidente de la Generalidad de Cataluña. Cuando el anterior alcalde, Narcís Serra, dio a conocer que Barcelona aspiraba a los Juegos, de inmediato vio en ellos una doble amenaza. Cree que pueden contribuir a desnacionalizar Cataluña ante los ojos del mundo y teme que su posible éxito convierta a Maragall en un rival político temible.

Se dice que las fotos congelan el tiempo. Cuando entonces, hubo muchos que intuyeron que aquella medianoche iba a cambiar radicalmente la hegemonía política en Cataluña. Siguieron creyéndolo en los 6 años que mediaron entre la nominación y la organización olímpicas, cuando el nacionalismo desarrolló el desabrimiento anunciado y mostró su permanente deslealtad con el proyecto. Y anticiparon, incluso, que ya la hegemonía había cambiado en las propias y alegres jornadas olímpicas cuando en un Camp Nou repleto de banderas rojigualdas proclamaron: «Los Juegos refundarán España».

“*Muchos estaban convencidos de que con el impulso de los Juegos Olímpicos, Cataluña volvería a ser la fábrica de España y no la fábrica de xenofobia en que los más pesimistas advertían que se estaba convirtiendo*”

El tiempo congela. Mejor así. Aquella noche creyeron que el que estaba tocando el cielo era el líder de la otra Cataluña. Y que saltaba justamente para serlo, o sea, para desplazar la euforia olímpica hacia la política. Estaban convencidos de que por su impulso Cataluña volvería a ser la fábrica de España y no la fábrica de xenofobia en que los más pesimistas advertían que se estaba convirtiendo. Maragall era una trama de afectos en sí mismo, en eso pensaban.

Y no. No fue la otra cara de Cataluña sino la otra cara de la misma moneda.



El presidente del Comité Olímpico Internacional (COI), Juan Antonio Samaranch, anuncia la designación de Barcelona como sede de los Juegos Olímpicos de Verano de 1992: «À la ville de... Barcelona». (© EFE)



Arcadi Espada (Barcelona, 1957) inició su carrera periodística en 1977, en las páginas de *Mundo Diario*. Ha trabajado en *El Noticiero Universal*, *Diari de Barcelona*, *La Vanguardia* y *El País*. En 2004, promovió una serie de encuentros con intelectuales no nacionalistas para estudiar la posibilidad de fundar un partido de dicho corte, lo que finalmente se tradujo en la creación de C's. Actualmente escribe en *El Mundo*. Entre sus libros figuran *Contra Catalunya*, *Raval*, *Diarios*, *Notas para una biografía de Josep Pla*, *Ebro Orbe*, *En nombre de Franco*, *Diarios de la Peste* y, más recientemente, *Un buen tío* (Ariel, 2018), en que aborda, a partir del análisis de los periódicos (de hecho, uno de sus grandes desvelos) la operación mediática que enterró la carrera política del político valenciano Francisco Camps.

INOLVIDABLES VELADAS JUNTO A HIPERCOR

Ignacio Vidal-Folch



© EFE

ETA ATENTA CONTRA EL HIPERCOR - 19/06/1987

Los miembros de la banda terrorista ETA Josefa Ernaga, Domingo Troitiño y Rafael Caride Simón atentaron contra el supermercado Hipercor en Barcelona. La detonación del coche bomba, que contenía 200 kg de explosivo, provocó 21 muertos y 45 heridos.

En aquellos tiempos, en nombre de los más altos ideales de democracia y libertad había casi unanimidad en rechazar y criticar cualquier nueva medida legal o actuación policial contra el terrorismo nacionalista vasco. Si la Guardia Civil lograba,

por ejemplo, apresar a algún jefe de ETA o desarticular algún comando de verdugos, si el juez ilegalizaba negocios y libelos periodísticos de la causa criminal, en seguida entre nosotros se rompían la camisa numerosos tribunales beatos y más o menos equidistan-

tes para señalar, con un fatalismo la mar de cómodo, que de nada servían esas medidas pues la cúpula detenida sería de inmediato reemplazada por otra y que las actuaciones policiales represivas no ponían fin al conflicto sino que más bien lo enconaban. Cuando algún crimen especialmente atroz provocaba la repulsa de la ciudadanía —como sucedió con el asesinato de Ernest Lluch, ex ministro muy querido en Barcelona— salían en tromba esos tribunos a modo de cortafuegos de la indignación popular para explicar que lo que se requería era más «diálogo» con la banda, cuando no para hacer recaer sobre el Gobierno de la nación parte de la responsabilidad del crimen, por su cerrazón e incomprensión de la naturaleza del «conflicto» y de las razones del adversario y por su insistencia en la «vía represiva» para resolverlo.



Los terroristas aparcaron el coche bomba en el estacionamiento subterráneo del edificio.

(© EFE)

Estas voces que recriminaban al Estado los muertos, y reclamaban comprensión y tolerancia con los criminales y con sus mentores intelectuales, tan numerosas que daban impresión de unanimidad, a efectos prácticos eran cómplices de los asesinatos. Hubo años atroces en los que el goteo de muertes por atentado corría el peligro de ser percibido como una rutina a la que había que acostumbrarse. Los comandos itinerantes de pistoleros encontraban comprensión, cuando no simpatía y hasta refugios, en el sector más extremado del nacionalismo catalán. En el parlamento regional, dominado por las fuerzas nacionalistas, se abucheaba al Gobierno y se llegó a recibir con aplausos a Arnaldo Otegi. Y fue por esos motivos, en reacción a lo que algunos percibíamos como falta de empatía de nuestros políticos y tribunos hacia las víctimas y de combatividad y compromiso contra la barbarie, y por el deseo de manifestar de alguna forma simbólica mi oposición a ese estado de cosas y mi impotente solidaridad con aquellas, por lo que tomé el hábito de asistir a las concentraciones que una meritoria entidad cívica convocaba a las ocho de la tarde, al día siguiente de cada asesinato, en la desangelada plaza contigua al supermercado Hipercor (donde el 19 de junio de 1987 ETA cosechó 21 muertos y 45 heridos).

El ritual que celebrábamos era muy austero y contenido, sin banderas ni discursos salvo algunas palabras del locutor dando el nombre del difunto y describiendo las circunstancias de su muerte. A continuación manteníamos unos minutos de silencio

colectivo. No éramos muchos: unas docenas o algún centenar de sombras, entre las que nunca vi a ningún político del status quo, pues seguramente temían que su presencia pudiera ser «instrumentalizada» por vaya usted a saber qué oscuros intereses reaccionarios... No se gritaba, se guardaba silencio y el acto concluía al cabo de un rato con una salva de aplausos, apagados por el estruendo del tráfico rodado, con los que nos animábamos a nosotros mismos después de aquella especie de funeral laico. Luego los participantes se iban en grupos a cenar y a intercambiar impresiones e ideas.

Aquellas «inolvidables veladas» las tengo presentes con una punzada de angustia retrospectiva. Ya había anochecido, por la Meridiana circulaba el caudal de automóviles entrando y saliendo de la ciudad como cada día, las ventanas en los negros bloques de viviendas que se recortaban contra el cielo oscuro estaban encendidas, la gente había vuelto a casa del trabajo, se preparaba la cena, todo parecía ajeno a la tragedia, cotidiano, indiferente. Allí conocí a Marita Rodríguez, que dirigía la pequeña pero activa entidad Asociación por la Tolerancia y persona clave en aque-

llas reuniones vespertinas junto a Hiperacor; a Roberto Manrique, que había sido víctima en el atentado de 1987 y dirigía una asociación de ayuda a los supervivientes y sus familias; a Teresa Giménez Barbat, hoy eurodiputada, y a algunos otros.

Había temporadas en que los crímenes se sucedían con tanta frecuencia que se me hacía muy cuesta arriba volver a la Meridiana para participar en el rito tétrico y me preguntaba si, dada su insignificancia, su inutilidad, no podía «saltarme» la siguiente convocatoria, pero al final no me la saltaba por no dejar solos a los compañeros, pues éramos pocos y cada uno contaba. Luego, pensándolo dos veces, he llegado a la conclusión de que aquellas reuniones crepusculares en la plaza junto a Hiperacor no fueron tan insignificantes sino que, como otras iniciativas al margen de los partidos oficiales, contribuyeron, cada una de una manera intangible e infinitesimal, a la derrota del terrorismo y a la toma de conciencia política y ciudadana de algunos que así empezaban a articular una rebelión sin complejos contra el imaginario y los valores del nacionalismo. Inolvidables veladas.

**“Estas voces que recri-
minaban al Estado los
muertos, y reclamaban
comprensión y tolerancia
con los criminales y con sus
mentores intelectuales, tan
numerosas que daban im-
presión de unanimidad, a
efectos prácticos eran cóm-
plices de los asesinatos,”**



Ignacio Vidal-Folch (Barcelona, 1956) se inicia en la literatura como escritor de cómics y, a mediados de los ochenta, da el salto al relato breve y a la novela, donde descuella con títulos como *La cabeza de plástico* (1999) o *Turistas del ideal* (2005). Es autor, asimismo, de *Lo que cuenta es la ilusión*, considerado un dietario de culto. Como periodista, ha sido corresponsal para *La Vanguardia* en Europa Central y Oriental y colaborado exitosamente en la sección «La Crónica», de la edición catalana de *El País*, diario al que regresó tras una etapa en *El Mundo*.

ANTECEDENTES DE *UBÚ PRESIDENT*

Albert Boadella



© EFE

BOADELLA ESTRENA *UBÚ PRESIDENT* - 18/10/1995

La compañía de teatro Els Joglars, dirigida por Albert Boadella, presenta *Ubú President*, una implacable sátira política sobre el presidente autonómico Jordi Pujol, en lo que supone la primera gran crítica al nacionalismo catalán, que llevaba 15 años en el poder, desde el ámbito artístico.

Una tarde a principios del año 70, mientras impartía mis clases de expresión en una escuela progre de Barcelona le propiné un cachete a un alumno intratable. Se trataba de un chaval fanfarrón que entorpecía constantemente mi trabajo con el resto de alumnos. Poseído por un

brote de desesperación se me escapó la mano que fue a toparse con la mejilla del saboteador. Enterado del incidente, el director de la escuela me llamó al orden por mi agresiva actitud al mismo tiempo que me informaba con gran agobio quién era el padre del alumno atizado; Don Jordi Pujol

Soley. Un prohombre de la banca destinado a salvar la patria.

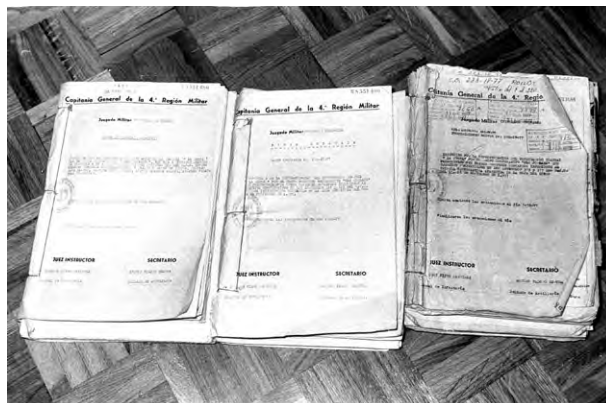
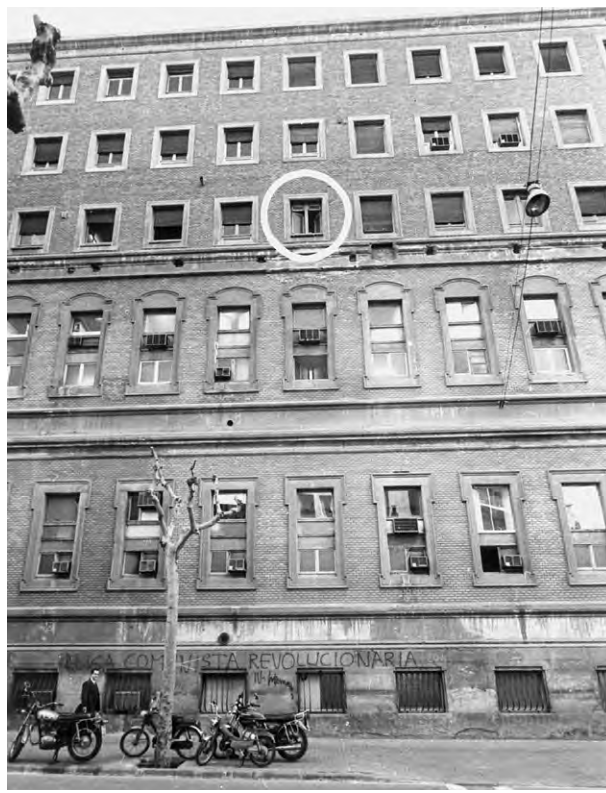
Dalí solía decir que el azar es sagrado. Unos años más tarde me topaba de nuevo con los Pujol y la emprendía con el padre del malcriado chiquillo. Esta vez lo hacía con otro merecido guantazo pero en forma artística, o sea con un acto escénico. El mal vivir que había padecido en mis clases por parte del hijo ahora me lo provocaba el padre aunque lamentablemente no era el único en soportarlo. Había cientos de miles de sufridos ciudadanos perjudicados por la política nacionalista del señor Pujol. Enseguida comprendí que era obligada una intervención profesional para asentar el principio fundamental de mi higiénico oficio y regalarles una divertida catarsis a los sufridores en forma de sátira. Entre las diversas situaciones de la obra *Ubú President* había una escena que, además de sus efectos catárticos para el público, me proporcionaba también un desquite personal aletargado durante treinta años.

El President-Ubú estaba realizando una entrevista para TV3 en su despacho oficial. Súbitamente, dos niños con batas de escuela aparecían portando dos maletines y discutiendo. Entre empujones y gritos, uno de los maletines se abría provocando el desparrame de numerosos fajos de billetes.

President.- (*Dirigiéndose a los de TV3*) A estos niños siempre hay que vigilarlos (*A los niños*) ¡Eh! No quiero peleas por el dinero. Hay cosas más importantes en la vida (*Dirigiéndose a los de TV3 y ayudando a sus hijos a poner los fajos en el maletín*) Esto en

euros no es nada... por favor enfoquen la lámpara de Gaudí, que es una obra de arte (*Los de TV3 obedecen mientras el President se embolsa un fajo en su bolsillo y los niños salen*). ¿De qué estábamos hablando?

El público lo celebraba como un gag más de la obra pero confiriéndole a la escena un simple juego de ficción. Yo tenía



En 1978, a Albert Boadella se le sometió a un consejo de guerra por su obra *La torna*. Posteriormente protagonizó una huida espectacular del Hospital clínico. (© EFE)

claro que uno de los niños era el saboteador de la escuela progre. Concretamente, el primogénito de Pujol que andaba siempre en turbios asuntos financieros. Le había seguido la pista con curiosidad debido al incidente escolar. Años después, la realidad convirtió la escena en premonitoria, superando toda ficción. Ante el pasmo general, el padre-Ubú confesó sus marrullerías y

“*Había cientos de miles de sufridos ciudadanos perjudicados por la política nacionalista del señor Pujol. Enseguida comprendí que era obligada una intervención profesional para asentar el principio fundamental de mi higiénico oficio y regalarles una divertida catarsis a los sufridores en forma de sátira,*”

el hijo pasó por la cárcel. Ciertamente, la sátira y el público ridículo con que le retrataba en la obra no sirvieron para que Jordi Pujol modificara un ápice su comportamiento. Sin embargo, siempre me ha quedado una duda soterrada en relación a su hijo: ¿Si en vez de una torta, le hubiera propinado, dos, cuatro o diez? ¿Habría alterado el niño su futuro camino?



Además de firmar el Manifiesto por un nuevo partido político, el compromiso democrático de Albert Boadella le lleva a presentarlo en diferentes localidades catalanas. Distintos colectivos separatistas tratan de boicotear por todos los medios sus intervenciones: es una evidencia más de que el cáncer totalitario del nacionalismo diagnosticado en el manifiesto está muy extendido. (© EFE)



Albert Boadella (Barcelona, 1943) es actor, dramaturgo y ensayista. En 1961 fundó la compañía de teatro independiente Els Joglars, que dirigió hasta 2012, y con la que ideó y llevó a escena una treintena de obras. Por *La Torna* (1977) fue acusado de injurias al Ejército y sometido a un consejo de guerra. Tras una rocambolesca fuga del Hospital Clínic, se exilió en Francia. Sus aceradas críticas al pujolismo, en lo que supuso una actitud pionera entre los intelectuales españoles, le valió el repudio del nacionalismo catalán, al que desprecia y ridiculiza siempre que tiene ocasión de hacerlo, lo que ocurre prácticamente a diario. En 2005, formó parte del grupo de personalidades que promovió la creación de C's. Es autor de varios libros de memorias y ensayos, entre los que destaca *Memorias de un bufón* y *Adiós Cataluña*, por el que mereció el Premio Espasa de Ensayo. En 1999 obtuvo (Els Joglars) la Medalla al Mérito en las Bellas Artes.

EL FORO BABEL, UN DESTELLO DE LUZ EN LAS TINIEBLAS

Alejo Vidal-Quadras



© EFE

EL FORO BABEL - 16/12/1999

Los miembros del Foro Babel Iván Tubau, Francisco Caja y Francesc de Carreras hacen frente a un grupo de estudiantes de la Universidad de Barcelona que ese mismo día habían boicoteado una conferencia del europarlamentario Alejo Vidal-Quadras y de Jon Juaristi.

A mediados de los años noventa del siglo **A**xx Cataluña se había transformado ya, tras década y media de gobiernos nacionalistas en la Generalitat, en Pujolandia, territorio sometido al experimento de ingeniería social

más implacable que Europa Occidental hubiera conocido desde el final de la Segunda Guerra Mundial. En este contexto de creciente hegemonía política, cultural, social y mediática del supremacismo tribal más agresivo

—eso sí, bajo apariencias democráticas—, nació el Foro Babel, una iniciativa loable y bienintencionada de un grupo de intelectuales mayoritariamente situados en la izquierda que intentó sin éxito introducir algo de racionalidad y de rigor ético en el debate público de aquellos días. Yo ya había sido apartado de la presidencia del Partido Popular de Cataluña a petición del Muy Imputable y me consumía de impotencia desde un escaño de a pie en el Parlament y la inocua presidencia de la Comisión de Educación y Cultura del Senado mientras observaba el abandono del campo por parte del Gobierno de José María Aznar, que había decidido incomprensiblemente dejar paso libre a las hordas separatistas. Como es lógico, asistí con enorme esperanza e indisimulada satisfacción al nacimiento del Foro Babel, cuyos dos documentos definitorios, uno sobre el uso de las lenguas en Cataluña, aparecido en abril de 1997, y otro sobre su modelo social, publicado en junio de 1998, leí con avidez y con la alegría de hallar amplísimas coincidencias con las tesis que yo había venido sustentando en el terreno político y parlamentario desde 1988 hasta mi defenestración.

Se daba la circunstancia, además, de que en el pequeño núcleo impulsor del Foro —después se sumarían centenares de catalanes hartos de la presión nacionalista— figuraban personas por mí muy estimadas, como el catedrático de Derecho Constitucional Francesc de Carreras o el que fue el editor de mi primer libro de carácter político, Miquel Riera. Esencialmente, el diagnóstico que hicieron sobre la triste situación en la que se encontraba Cataluña y las pro-

puestas que lanzaron para mejorarla estaban inspirados en los saludables principios popperianos de la sociedad abierta: libertad individual, democracia, imperio de la ley, espacio público de expresión de opiniones sin coacción, y pluralismo. En el caso de la lengua, su formulación esclarecedora del concepto estatutario de «lengua propia» estableció con rotundidad que «propia» no significaba «única», sino «diferenciadora», y que el auténtico hecho diferencial de Cataluña es precisamente el bilingüismo espontáneo y natural de sus pobladores, por lo que la imposición forzada del monolingüismo catalán en la enseñanza, la administración, las instituciones e incluso las actividades económicas y sociales privadas, no sólo constituía un atentado intolerable contra la libertad y los derechos individuales, sino que de hecho iba contra la verdadera sustancia de la vida catalana, esa que Ferrater Mora había descrito como configurada por la continuidad, el *seny*, la mesura y la ironía.

Otra aportación fundamental del Foro Babel al combate contra las aberraciones de la doctrina nacionalista fue su denuncia de la ruptura de facto por parte de los independentistas del pacto de la Transición, que consistía en devolver a Cataluña sus instituciones tradicionales, la cooficialidad del catalán y su autonomía política a cambio de que se respetase el marco constitucional y la unidad de España. Esta felonía, culminada hoy con el infame golpe separatista del 1 de octubre, fue señalada muy acertadamente por el Foro con premonitoria anticipación, aunque por desgracia los dos grandes partidos nacionales hicieron oídos sordos, con el

resultado que ahora estamos padeciendo.

El Foro Babel introdujo un diseño de Cataluña basado en cuatro componentes: ciudadanía, bilingüismo, pluralismo y federalismo, es decir, un planteamiento completamente distinto y, en muchos aspectos clave, opuesto al pensamiento único nacionalista imperante. Este enfoque ilustrado, democrático y sensato, si hubiera sido adoptado por el PSC en lugar de plegarse mansamente a los dictados del particularismo identitario, habría llevado a Cataluña por derroteros muy diferentes a los que la han conducido al desastre del disparatado «procés».

Mucho más tarde que el seminal y profético Manifiesto de los 2.300, el Foro Babel tuvo también el mérito de avisar de un peligro que nadie fuera de Cataluña quería ver, y en este aspecto quedará para siempre como un destello de luz en las tinieblas creadas por el oportunismo, el maniqueísmo, el electoralismo y los complejos de las elites políticas madrileñas. Como otros movimientos de resistencia frente al totalitarismo nacionalis-

“*El diagnóstico que hicieron [los intelectuales del Foro Babel] sobre la triste situación en la que se encontraba Cataluña y las propuestas que lanzaron para mejorarla estaban inspirados en los saludables principios popperianos de la sociedad abierta: libertad individual, democracia, imperio de la ley, espacio público de expresión de opiniones sin coacción, y pluralismo*”

ta, el Foro se disolvió a los pocos años de su alumbramiento sin cristalizar en una entidad formalmente registrada o en una opción electoral. Sin embargo, su trabajo de concienciación y de articulación de un conjunto de ideas alternativo al asfixiante dominio del nacionalismo identitario, junto con el de otros movimientos similares igualmente modestos y he-

roicos, ayudó a generar el fermento del que surgiría la fuerza política que ha llenado eficazmente el hueco abierto por la cobarde deserción del PP en Cataluña y que se perfila en la actualidad como la poderosa herramienta de la que disponen los catalanes comprometidos con la defensa del orden constitucional y de la legalidad para derrotar por fin a la tiranía excluyente del separatismo. La lucha por la libertad, en contra de lo que de manera tan optimista postuló Francis Fukuyama al caer el Muro de Berlín, no termina nunca y a los integrantes del Foro Babel les cabe el legítimo orgullo de haber puesto un valioso jalón en este eterno combate que nos define como seres humanos.



Alejo Vidal-Quadras (Barcelona, 1945) es catedrático jubilado de Física Atómica y Nuclear y político. Fue presidente del Partido Popular de Cataluña desde 1991 a 1996, cuando, como consecuencia del pacto del Majestic, la dirección nacional del partido le apartó del cargo, reubicándolo, tres años después, en el Parlamento Europeo, donde ejerció de Vicepresidente del Parlamento Europeo desde 1999 a 2014. En enero de ese año anunció su baja del PP y su incorporación a Vox, partido que abandonaría, tras encabezar, sin éxito, la candidatura al PE, en 2015. A Vidal-Quadras le fue impuesta en 2008 la Orden nacional francesa de la Legión de Honor en la categoría de Oficial, por su labor en la Eurocámara en el apartado de política energética. Es autor, entre otros ensayos, de *Qué es la derecha*, *En el fragor del bien y del mal*, *Amarás a tu tribu* y *La Constitución traicionada*.

ASESINATO DE ERNEST LLUCH

Victòria Camps



© EFE

ETA ASESINA A ERNEST LLUCH - 21/11/2000

El miembro del grupo terrorista ETA Fernando García Jodrá asesina de dos disparos en la cabeza a Ernest Lluch. Catedrático de Economía y significado militante antifranquista desde finales de los años sesenta, Lluch había desempeñado el cargo de ministro de Sanidad y Consumo en el primer gobierno de Felipe González. En un acto electoral en el País Vasco, dijo a los que le abucheaban: «Gritad, gritad, porque mientras gritéis, no mataréis».

Fue el 21 de noviembre de 2000. Cerca de la medianoche. Recuerdo la llamada de mi hijo Guillermo para decirme que acababan de dar la noticia por la radio. ETA lo mató de dos tiros en la cabeza, cuando

salía del coche, en el garaje de su casa. La consternación fue tremenda. Ernest Lluch, militante destacado del PSC, ex ministro del gobierno de la primera legislatura socialista, era un político conocido. Como

ministro de Sanidad había impulsado una de las leyes más exitosas de la democracia, la Ley General de Sanidad, que universalizó la asistencia sanitaria pública y gratuita. Pero, por encima de todo, era un político cercano, de ánimo conciliador, y muy vinculado al País Vasco. Tenía una casa en San Sebastián donde solía pasar temporadas. Cuando abandonó la política activa, se dedicó a su cátedra de Historia de las doctrinas económicas en la Universidad de Barcelona, así como a la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo de la que fue rector. Fue en esa época cuando luchó con más intensidad por establecer puentes de diálogo y erradicar la violencia. Hizo lo imposible y lo que estuvo a su alcance por abrir cauces argumentales que pudieran revertir la lacra del terrorismo etarra. Conocidas eran sus tertulias semanales, en la cadena Ser, con Miguel Herrero de Miñón y Santiago Carrillo. Lluçh apreciaba el valor de la palabra, se sentía bien discutiendo con quienes no eran de los «suyos», sabía que las razones y el diálogo eran los únicos medios democráticos para resolver conflictos y acercar posiciones. No olvidó la reprimenda que la periodista Gemma Nierga dirigió a José María Aznar y Jordi Pujol, que encabezaban la manifestación que siguió al asesinato de Lluçh: «Estoy convencida de que Ernest hasta con la persona que lo mató habría intentado dialogar; ustedes que pueden, dialoguen, por favor».

“El terrorismo deslegitima cualquier objetivo político. Lo deslegitima y lo desvirtúa. No hay fines buenos si los medios son violentos. Por eso no puede haber matices en el rechazo del terrorismo,”

No hubo diálogo. ETA siguió viva hasta 2011 cuando anunció el cese definitivo de la actividad armada. La cooperación expresa del gobierno francés fue decisiva para acelerar la derrota definitiva de la banda terrorista. Se da la casualidad de que hoy, cuando escribo estas líneas, ETA acaba de anunciar su inminente disolución con una nota en la que se disculpa por el dolor y el sufrimiento causados. La autocrítica es notable y no tiene precedentes en el seno de la banda terrorista. Pero no es satisfactoria. Pide perdón a las víctimas «equivocadas», las que no fueron objetivo directo de la banda, las que no merecían ser asesinadas. Lluçh no fue una de ellas. Con

el lenguaje frío y despiadado que caracterizó siempre a ETA, habría que decir que Lluçh hizo méritos para estar en la diana de los terroristas. Molestaba, no sólo por sus críticas, sino porque no se desalentaba, hasta que le mataron luchó por aportar algo para disuadir al terror y pacificar un territorio del que se había enamorado.

El terrorismo deslegitima cualquier objetivo político. Lo deslegitima y lo desvirtúa. No hay fines buenos si los medios son violentos. Por eso no puede haber matices en el rechazo del terrorismo. Mientras ETA no sea capaz de condenarse a sí misma sin paliativos seguirá hablando para quienes quieren oír que los terroristas no han sido los únicos responsables

de los 854 crímenes que perpetraron. Hace unos meses, tuve el honor de participar en el homenaje que la Fundación Fernando Buesa dedica todos los años a recordar al dirigente socialista y al escolta, Jorge Díaz, asesinados en Vitoria en el año 2000. Lo que las víctimas piden, ahora que el terrorismo ha terminado, es recuperar un lenguaje común para toda la sociedad vasca, un lenguaje que no engañe ni siga consintiendo el mal, que eluda complicidades con quienes decidieron matar para lograr sus fines.

Un trauma como el que ha vivido el País Vasco y la sociedad española en general no acaba ni se supera con el fin del terrorismo. Lo que ahora toca no es pasar página. La derrota de ETA tiene que ser política y social. A las víctimas de ETA se les debe una autocrítica sin reservas. Autocrítica por parte de los violentos y por parte de quienes los alentaron con silencios y omisiones. Lo mejor que se les puede legar a las generaciones que no habrán vivido la amenaza del terrorismo etarra es un imaginario colectivo en el que todos se reconozcan.



Ernest Lluch en una conferencia internacional.
(© Fundació Ernest Lluch)



Victòria Camps (Barcelona, 1941) es catedrática emérita de Filosofía Moral y Política de la Universidad Autónoma de Barcelona y presidenta del Comité de Bioética de Cataluña. Fue senadora por el PSC-PSOE entre 1993 y 1996, y consejera del Consell Audiovisual de Catalunya entre 2002 y 2008. Ha sido, asimismo, presidenta del Comité de Bioética de España. Entre sus obras destacan *La imaginación ética*, *Virtudes públicas* (Premio Espasa de Ensayo), *El declive de la ciudadanía*, *El gobierno de las emociones* (Premio Nacional de Ensayo) y *Breve historia de la ética*. Sus dos títulos más recientes son *Elogio de la duda* (Arpa, 2016) y *¿Qué es el federalismo?* (Los Libros de la Catarata, 2016). En septiembre de 2012 fue una de las firmantes del *Llamamiento a la Cataluña Federalista y de Izquierdas* ante la convocatoria de elecciones autonómicas anticipadas, documento que dio paso a la creación en 2013 de la asociación Federalistes d'Esquerres, de la que Camps es vicepresidenta.

LA REUNIÓN DE PERPIÑÁN

Juan Carlos Girauta



Carod-Rovira ultima un pacto con ETA para que no perpetre atentados en Cataluña

● La banda no asesinaría en el Principado a cambio de cobertura política para la izquierda radical abertzale **10 y 11**

© Archivo ABC

EL PACTO DE PERPIÑÁN CON ETA - 26/01/2004

Josep Lluís Carod-Rovira, consejero primero del Gobierno Tripartito de Pasqual Maragall y líder del partido nacionalista catalán Esquerra Republicana de Catalunya (ERC), se reunió en diciembre de 2003 con miembros del grupo terrorista ETA en Perpiñán para reclamar a la banda que cese en sus atentados en Cataluña. Años atrás, Carod-Rovira había publicado un artículo en el que afirmó: «Ahora solo me atrevo a pedirlos [a los dirigentes de ETA] que cuando queráis atentar contra España, os situéis previamente en el mapa».

Lo reveló el diario *ABC* el 26 de enero de 2004. Josep-Lluís Carod-Rovira, *conseller en cap* (una especie de primer ministro autonómico catalán) había compar-

tado mesa y mantel en la localidad francesa de Perpiñán con la cúpula de ETA, representada por Josu Ternera y Mikel Antza. Para más inri, Carod era ese día presidente

en funciones de la Generalitat. El gobierno de Pasqual Maragall, hoy conocido como «primer tripartito», acababa de nacer y ya portaba los peores presagios. Carod, líder de la vieja formación separatista ERC, que formaba ejecutivo con los socialistas catalanes y con los herederos del PSUC, circunscribió el encuentro a una decisión personal, como si tal cosa fuera posible.

La iniciativa parecía haber partido de la banda responsable de la muerte de centenares de personas, la mayor parte en democracia. A cambio de algo desconocido, Carod estaba a punto de consumir un viejo anhelo: disuadir a ETA de que atentara en suelo catalán. A fin de cuentas, su objetivo era ese deleznable país vecino: España. De ahí que el gobernante viniera instando de antiguo a los asesinos a respetar sus imaginarias fronteras nacionales antes de cometer un nuevo atentado.

En efecto, tan pronto como en mayo de 1991, trece años antes de la reunión de marras, Carod había publicado en el diario *Avui* una carta a ETA donde, amén de reconocer un previo encuentro con similar finalidad, se expresaba en estos términos: «Ahora, solo me atrevo a pedir que, cuando queráis atacar contra España, os situéis, previamente, en el mapa».

Nótese que Carod no pedía a ETA que no atentara, sino que no confundiera el objetivo. Que respetara Cataluña cuando

“Nótese que Carod no pedía a ETA que no atentara, sino que no confundiera el objetivo. Que respetara Cataluña cuando quisiera asesinar, mutilar, secuestrar, torturar, extorsionar o amenazar”

quisiera asesinar, mutilar, secuestrar, torturar, extorsionar o amenazar. El separatismo —pero no solo él— lo tomó como una solicitud entre personas que comparten criterio acerca de las identidades nacionales. Prueba de ello es el premio electoral que Carod pronto obtendría. Pero para cualquiera que no viviera sumido en la in-

mundicia mental, se trataba de un blanqueamiento de ETA. Comprender o no esta conclusión inexorable marca una línea de separación entre dos categorías morales, no entre dos ideas nacionales.

Carod dimitió por el escándalo y encabezó la lista de su partido a las elecciones generales de marzo. Lo-

graría el mejor resultado histórico de ERC. ¡El premio! Pero poco antes, cuando ETA anunció en febrero su tregua en Cataluña, la contraprestación no constó. ¿Qué cabía ofrecer a los etarras? En este punto solo podemos analizar lo que sucedió después, dejando la concatenación al criterio del lector. Asegurarla nos expone al riesgo de la falacia *post hoc ergo propter hoc*. Interesa el hecho de que, transcurridos varios lustros, es posible situar en 2004 la resurrección de un discurso obsoleto y su incrustación en las instituciones. Un discurso de legitimación paulatina de la historia sangrienta de la banda, el de la necesidad de terminar con el terrorismo «sin vencedores ni vencidos», el de la confusión entre víctimas y victimarios porque, al cabo, todos eran



La exclusiva de *ABC* sobre las reuniones entre Carod y ETA desestabilizó el gobierno tripartito de Pasqual Maragall. (© Archivo *ABC*)

víctimas. La equiparación de dos violencias, la igualación del tiro en la nuca con la persecución del terrorismo.

El «proceso de paz» que iniciaría el presidente del Gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero, y la consiguiente admisión socialista de que alguna razón habría que reconocer a la otra parte (Patxi López), más el abandono de la «lucha armada» y, por fin, el anuncio de la disolución de la banda ya en 2018, no han hecho más que abundar en la construcción del «relato» blanqueador de ETA. Es desolador reconocer que, en el otro lado de la producción de narrativas políticas, el acontecimiento más relevante, aquello que ha empezado a invertir la manera en que se contará la historia en el futuro, es una novela: *Patria*, de Fernando Aramburu.

Lo cierto es que, cuando Carod pactó en Perpiñán, ETA padecía una debilidad extrema gracias al trabajo de jueces y policías y al muy tardío rechazo social que Carod contribuyó a aplacar: una repulsa casi unánime tras el asesinato de Miguel Ángel Blanco en 1997, con su masiva reacción popular.

Volviendo la vista atrás, ¿cómo merece ser recordada la reunión de Perpiñán? Como una botella de oxígeno para una banda moribunda. Como un goloso motivo de debate, pues todo lo que sirviera para talar las piernas al Aznar crepuscular era admisible. Como un favor a los terroristas, como un calamitoso paso atrás de nuestra democracia, como una inmoralidad apenas disfrazada de humanitarismo.



Juan Carlos Girauta (Barcelona, 1961) es licenciado en derecho por la Universidad de Barcelona y MBA por Esade. Polifacético empedernido, Girauta ha sido músico (a finales de los setenta militó en la banda de rock sinfónico Astrolabio), traductor de guiones, consultor de empresas, articulista, ensayista, novelista y político. La actividad que lo lanzó a la popularidad fue, no obstante, la de opinador, y más precisamente la de tertuliano. Durante años, Girauta se batió el cobre defendiendo el constitucionalismo en tertulias de abrumadora mayoría nacionalista. Se unió a Ciudadanos en 2011, cuando el partido se hallaba en plena travesía del desierto y sus expectativas de poder eran ínfimas. Eurodiputado por C's entre julio de 2014 y enero de 2016, actualmente representa en el Congreso a la formación naranja, de la que es portavoz.

EL MANIFIESTO DEL TAXIDERMISTA

Xavier Pericay



© EFE

MANIFIESTO POR UN NUEVO PARTIDO POLÍTICO EN CATALUÑA - 07/06/2005

En la convicción de que el nacionalismo estaba sobrerrepresentado en las instituciones, quince intelectuales catalanes llamaron, en un manifiesto, a crear un partido que renunciara a la obsesión identitaria y se centrara en la solución de los problemas reales. En la imagen, los firmantes del manifiesto en el día de la presentación ante los medios. Arriba, de izquierda a derecha, Ferran Toutain, Félix Pérez Romera, Francesc de Carreras, José Vicente Rodríguez Mora, Arcadi Espada, Teresa Giménez Barbat, Carlos Trías (†), Ponç Puigdevall y Ana Nuño. Abajo, Albert Boadella, Xavier Pericay, Félix de Azúa, Félix Ovejero e Iván Tubau (†). Horacio Vázquez Rial también había firmado el manifiesto, pero estuvo ausente el día de la fotografía.

Cuando uno posa para el recuerdo como si de un futbolista se tratara y no hay balón de por medio, lo mínimo que cabe

exigirle es que se explique, que diga qué hace allí. O, mejor dicho, qué hacía, pues han pasado ya trece años. A primera vista, uno

forma parte de un grupo. Podría tratarse de un grupo de amigos, pero no. O no del todo. Lo integran amistades, sin duda. Amistades cruzadas, sólidas algunas. Pero también se ocultan en él viejas rencillas. Y profundas distancias. Acudiendo a Josep Pla, puede decirse que está compuesto por amigos y por conocidos. En fin, nada nuevo en el orden de la vida.

Luego vienen los detalles. Por ejemplo, cierto desarrreglo en las cuentas: si bien éramos 15 los firmantes, en la foto no aparecen más que 14. (Aunque, para desajustes numéricos, la triste constatación de que de esos 15 firmantes, ya no quedamos en pie más que 12). Siguiendo con los detalles, resulta obligado detenerse en el fulgor de esa camisa naranja, tan premonitoria —salvado sea el sesgo retrospectivo—. Y hacerlo también, por supuesto, en el lugar elegido para darle al clic de la cámara: un pórtico de la barcelonesa Plaza Real, frente a una antigua tienda de taxidermia reconvertida en restaurante de moda.

Bien es cierto que, en cuanto al lugar, no puede hablarse propiamente de una elección. El Taxidermista era el local en

el que nos habíamos reunido a manteles a lo largo de los meses precedentes, en un altillo que hacía honor a su condición de reservado. Entraba, pues, dentro de la normalidad que nos citáramos allí para la foto. Es más, aquel pasar de la noche al día —nuestras reuniones consistían en sendas cenas, a razón de una al mes—, de lo secreto a lo público, era lo más parecido a un amanecer, cuando no a un desafío a pleno sol.

Eso hicimos aquella mañana. Declarar solemnemente el fin de una época, la del miedo. E invitar a los ciudadanos de Cataluña a que se sumasen a esa declaración. El manifiesto «por la creación de un nuevo partido político en Cataluña» representaba la primera ruptura con un sistema de representación política, el bipartidismo, que había sido incapaz de defender una España de ciudadanos libres e iguales ante los envites y los chantajes del nacionalismo.

Una ruptura intelectual, claro está, a la que debía seguir, como así fue, la propiamente política. De lo que ha venido después les supongo al tanto.

“*El manifiesto representaba la primera ruptura con un sistema de representación política, el bipartidismo, que había sido incapaz de defender una España de ciudadanos libres e iguales ante los envites y los chantajes del nacionalismo*”



Xavier Pericay (Barcelona, 1956) es escritor, filólogo y político. Autor, con Ferran Toutain, de los libros *Verinosa llengua* y *El malentès del noucentisme*, está considerado uno de los máximos especialistas en la vida y obra de Josep Pla, al que ha traducido al castellano y del que editó las crónicas reunidas en el volumen *La Segunda República española*, publicado por Destino. Entre 1987 y 1990 fue editor-corrector del *Diari de Barcelona* y, posteriormente, impartió clases de periodismo en las universidades Autónoma de Barcelona y Ramón Llull. Desde 2000, y durante cerca de quince años, publicó una columna semanal en el diario *ABC*. En 2005, formó parte del grupo de personalidades que promovió la creación de C's. En 2015 encabezó las listas de C's al Parlamento Balear, donde hoy es diputado y portavoz de dicha formación.

ALBERT RIVERA AL DESNUDO

Miriam Tey



© EFE

HA NACIDO TU PARTIDO - 16/09/2006

Ciudadanos se presenta por vez primera a las elecciones. Su candidato, un joven Albert Rivera, se presenta desnudo ante los electores. La arriesgada apuesta es un éxito y logran tres representantes.

Vi por primera vez a Albert Rivera desnudo al salir del Bracafé de Caspe, en un anuncio del recién creado partido *Ciudadanos* en el que aparecía a tamaño natural, de pie, con las manos cruzadas, en un gesto entre tranquilo y púdico. Esa foto me provocó una sonrisa por lo que tenía de refrescante: era como si muchos velos hu-

biesen caído a la vez, era la representación en carne y hueso de aquel cuento danés del rey, que tantas veces habíamos utilizado como fábula de lo que ocurría en Cataluña. Una Cataluña en la que el nacionalismo lo cubría todo como una nube tóxica y contaminadora. Y de repente esa imagen de un hombre solo, de pie, desnudo, sin más

adorno que una frase: «Sólo nos importan las personas». Fue como una luz.

Con esa simple frase se acusaba al gobierno de los últimos casi 40 años, y a unos partidos seguidistas, de defender que el proyecto de nación catalana pasaba por encima de los derechos de los ciudadanos. Se había caído un telón y podíamos ver con claridad lo que durante tanto tiempo se había tratado de esconder entre bastidores. Porque el juego político de los separatistas siempre trataba de mantener en un claroscuro su proyecto, para que fuese difícil discernir lo que era sueño de estrategia, inversión de invención, interés lucrativo de puro engaño.

Antes de esa foto, que fue un punto de inflexión en la deriva que estaba tomando Cataluña desde el plan 2000 de Jordi Pujol, estábamos inmersos en un proceso largo e intrincado por el que se iba construyendo una Cataluña dividida entre buenos y malos catalanes, clasificados en función de la cercanía o lejanía respecto a cierta idea de Cataluña. Cuando tratabas de explicar lo indeseable de esa situación, los razonamientos

eran inútiles, pues los secesionistas en ciernes ya habían encontrado la razón última, la que les daba el derecho a imponerse sobre cualquiera: los sentimientos. Por suerte, éramos muchos los que no estábamos dispuestos a que se gestionase lo común a partir de sentimientos, todos los que sabemos que las leyes, el Estado de derecho y la democracia nos protegen de esa arbitrariedad.

La propaganda de los medios y la paulatina doctrina que se impartía en los colegios, más las amenazas no siempre veladas a individuos cuyo comportamiento no respondía al nivel de catalanismo exigido para ostentar cargos, ocupar puestos, acceder a negocios o a simples trabajos, impedía que estos catalanes silenciados analizaran la realidad con perspectiva. Era difícil, muy difícil, argumentar que en Cataluña no se vivía en una democracia plena. No en vano, el secuestro del lenguaje, las instituciones, los edificios públicos, los medios y la escuela, y más tarde se vería que hasta de las fuerzas de seguridad catalanas, hacían casi imposible expresarse con libertad.



Ciudadanos obtuvo tres diputados en las primeras elecciones a las que se presentó. Cuando se conoció el resultado, los simpatizantes se reunieron para celebrarlo al son de «Toma tres, TV3», en referencia a que este canal autonómico se había negado a hacerse eco del mensaje político de este partido. Los primeros diputados de Ciudadanos son Albert Rivera, José Domingo y Antonio Robles. (© EFE)

Entre las varias iniciativas que surgieron para dar voz a los catalanes avasallados o desconcertados ante un gobierno que les negaba su catalanidad e incluso muchos de sus derechos como ciudadanos, fue la de Ciutadans de Catalunya la que le dio un vuelco a todo. Félix de

Azúa, Albert Boadella, Francesc de Carreras, Arcadi Espada, Teresa Giménez Barbat, Ana Nuño, Félix Ovejero, Félix Pérez Romera, Xavier Pericay, Ponç Puigdevall, José Vicente Rodríguez Mora, Ferran Toutain, Carlos Trías, Ivan Tubau y Horacio Vázquez Rial, fueron los 15 magníficos que elaboraron el manifiesto original, el del Taxidermista, y al que nos sumamos primero decenas y luego miles de personas. Me cabe el orgullo, además, de haber intervenido en aquella primera presentación en sociedad que se celebró en el CCCB.

Pero el definitivo paso adelante fue pasar a formar parte del tejido político y apostar por la creación de un partido. Un partido que acogiera a todos aquellos ciudadanos no nacionalistas de derechas y de izquierdas que no tenían partido al que votar. Parece increíble que durante tantos años el nacio-

“Parece increíble que durante tantos años el nacionalismo campase a sus anchas y conservara el poder sin que mediara respuesta alguna por parte de los sectores no nacionalistas”

nalismo campase a sus anchas y conservara el poder sin que mediara respuesta alguna por parte de los sectores no nacionalistas. Unos por un complejo mal entendido que les impedía formular una oposición valiente y clara al nacionalismo, y que asumían un papel de

mediador que nadie les pedía, y otros por el miedo a que sus dirigentes vieran cortada su cabeza, como ya había ocurrido con Aleix Vidal-Quadras en el PP. El caso es que ni la derecha ni la izquierda presentaban batalla al nacionalismo. Parecía que contradecir a los nacionalistas era asumir el papel de opresor frente a las víctimas, víctimas que vivían de la falacia de resucitar un pasado que, además, deformaban a su antojo.

La aparición de Ciudadanos fue decisiva y Cataluña siempre tendrá que agradecerlo. Ya sin los intelectuales que pusieron en marcha el partido, su líder (elegido, curiosamente, por orden alfabético) se vio solo ante el destino. Así y todo, supo alumbrar el camino con tenacidad y brillantez, afianzando, más que la renovación (que también), la liberación de nombrar la realidad. El rey está desnudo, ya no lo vamos a negar.



Miriam Tey (Barcelona, 1960) es editora, marchante de arte y, sobre todo, agitadora cultural. Bajo la presidencia de José María Aznar, fue directora general del Instituto de la Mujer, cargo en el que cesó tras el escándalo desatado a raíz de que el sello editorial de su propiedad, El Cobre, publicara el título *Todas putas*, de Hernán Migoya, contra el que los custodios de la moral desplegaron una insólita campaña de criminalización, en lo que supuso el primer episodio español de esa moderna caza de brujas que damos en llamar corrección política. Fiel a su vocación transgresora, Tey fundó en 2012 el centro cultural Centro Libre de Arte y Cultura (CLAC), una entidad sin ánimo de lucro que pretende restablecer la relación entre los círculos culturales de Madrid y Barcelona, cuyo deterioro, que tiene su origen en el pujolismo, se había agravado con el Procés. Actualmente, es vicepresidenta de Sociedad Civil Catalana.

JORDI PUJOL CONFIESA EL FRAUDE

Teresa Freixes



© EFE

PUJOL CONFIESA EVASIÓN Y FRAUDE FISCAL - 26/07/2014

En julio de 2014, Jordi Pujol confesó que había ocultado dinero a Hacienda a través de cuentas bancarias en Suiza y Andorra. La investigación policial revelaría, entre otros datos, que su esposa, Marta Ferrusola, usaba palabras clave para comunicarse con el banco andorrano: «Soy la madre superiora de la congregación, traspasa dos misales [dos millones de pesetas] a nuestra biblioteca del capellán dela parroquia [en referencia a su hijo mayor, Jordi Pujol Ferrusola]». La UDEF ha investigado por corrupción a todo el clan Pujol.

Por poner un punto de inicio a la judicialización del proceso a la independencia, quizás tuviéramos que situarnos en el momento en el que un expresiden-

te de la Generalitat, el padre de la patria Jordi Pujol, reconoció públicamente que había estado defraudando al fisco durante décadas. Aquel día yo estaba en un

congreso en la *Universidade do Minho*, en Portugal, y el salto que pegué en el asiento al leerlo en el móvil lo recuerdan todos los asistentes. En paralelo, los pujolianos vástagos comenzaron a tener también problemas judiciales derivados de su participación en corruptelas orquestadas desde la Administración pública (el pequeño, con el tema de las ITV) o el tráfico de dinero e influencias más descarado que hemos visto en los últimos tiempos; el mayor, con las sacas de dinero a Andorra y los desvíos a paraísos fiscales de todo el mundo). Si a ello añadimos el recientemente sentenciado, en primera instancia, caso *Palau*, en el que estrechos colaboradores del mencionado paterfamilias han sido condenados por

los cobros de comisiones ilegales recibidas a cambio de la adjudicación de obra pública, cuando no de expolio directo de donaciones y subvenciones que se entregaban al *Palau de la Música*, tenemos un cuadro inicial perfecto para entender que de aquellos polvos vinieron estos lodos, puesto que la vía «procesual» se ha ido intensificando a medida que los pleitos han ido avanzando.

Ha habido una planificación sistemática y efectivamente realizada por aquellos que, durante la transición, ya cantaban: «Ahora paciencia, mañana independencia». El documento que, con el título «La estrategia de la recatalanización», emanado del entorno de Pujol, y era publicado en *El Periódico de Cataluña* con



Desde el mismo momento en que fue escogido presidente de la Generalidad de Cataluña, el 30 de mayo de 1984, la sospecha de corrupción por el caso Banca Catalana planeó sobre Jordi Pujol. El político catalán acusó a quienes le incriminaban de actuar no contra él, sino contra Cataluña. En adelante, todos los políticos nacionalistas que fueron investigados por corrupción se valieron de esa sinécdoque. Miles de catalanes enviaron cartas de apoyo a Pujol, tal como se observa en la imagen.

El caso fue sobreseído. (© EFE)

fecha 28 de octubre de 1990, explicaba con pelos y señales lo que la Generalitat y CiU habían diseñado con la finalidad de «catalanizar» a Cataluña. Nueve eran los ámbitos de actuación en los que era necesario construir las bases del nuevo estado: pensamiento, enseñanza, universidad e investigación, medios de comunicación, entidades culturales y de ocio, mundo empresarial, proyección exterior, infraestructuras y administración. Como en todo sistema totalitario que se precie, nada quedaba sin ser objeto de control. ¿Totalitario he dicho? Sí, totalitario, pues totalitario es el sistema que, usando distintos métodos de ingeniería social pretende homogeneizar los distintos vectores del sistema, para ponerlo al servicio de una ideología.

Pero, además de ello, han buscado impunidad. No contentos con intentar dejar sin efecto las disposiciones constitucionales y legales en vigor, el artículo 12 de la Ley de transitoriedad jurídica e instauración de la República (decla-

rada anticonstitucional) dispone que el Gobierno [de la Generalitat] podrá dictar las disposiciones necesarias para la adaptación, modificación e inaplicación del Derecho local, autonómico y estatal vigentes, y que estos decretos también van a servir para recuperar las normas que hayan sido anuladas o suspendidas por el Tribunal Constitucional y el resto de tribunales, incluyendo la amnistía a los condenados —aunque fuera con sentencia firme— por conductas dirigidas a obtener la independencia de Cataluña. Se les ve el plumero: buscan, también, la impunidad. Claro, como se trata de blindarse ante posibles imputaciones judiciales, la Ley establece una amnistía para todos aquellos que, incluso existiendo sentencia firme, hayan sido procesados, juzgados o condenados por algo que tuviera que ver con el proceso de Cataluña hacia la independencia. De este modo, Pujol, Mas, Millet, etc. etc... todos hubieran quedado exentos de responsabilidad. ¡Qué tiempos!

“*Totalitario es el sistema que, usando distintos métodos de ingeniería social, pretende homogeneizar los distintos vectores del sistema, para ponerlo al servicio de una ideología,*”



Teresa Freixes (Lérida, 1950) es catedrática de Derecho Constitucional del Departamento de Ciencia Política y de Derecho Público de la UAB y catedrática Jean Monnet *ad personam*. Experta en derechos fundamentales, igualdad de género y minorías, presidió la Fundació Universitària Martí l'Humà y ha sido Senior Expert de la Agencia de Derechos Fundamentales de la Unión Europea y del Instituto Europeo para la Igualdad de Género. Desde enero de 2017, preside la organización Concordia Cívica, cuyo objetivo es aglutinar a las entidades no independentistas de Cataluña. En marzo de 2018 fue designada miembro del Comité de Ética del Ayuntamiento de Barcelona. Colaboradora habitual de prensa, es columnista de *Ok Diario* y articulista asidua de *El Mundo*. Su ensayo más reciente es *155. Los días que estremecieron a Cataluña* (Doña Tecla).

LA INMERSIÓN COMO ARMA POLÍTICA

Inger Enkvist



© EFE

LOS ALUMNOS PIDEN RESPETO - 05/10/2017

Dos días después del intento de golpe que supuso el 1-O, y luego de que algunos profesores de un instituto hubieran señalado y humillado a un grupo de alumnos por ser hijos de guardias civiles, sus compañeros se manifestaron en su apoyo y para exigir «respeto» al profesorado.

Tradicionalmente, cuando se hablaba de aprender una lengua, se aludía a dos métodos: el estudio de la lengua en la escuela o el aprendizaje de la misma trasladándose al país en cuestión. Desde los

años 1960, también existe como método la «inmersión», es decir, la enseñanza de las materias escolares en una lengua distinta de la materna para que los alumnos adquieran a la vez los conocimientos de

las materias y los de una nueva lengua. La inmersión puede aplicarse de manera parcial o total y de manera temprana o tardía. Se empezó a hablar del método a raíz de unas experiencias en Canadá, tras de las cuales despertó entusiasmo el que los alumnos anglófonos aprendieran mucho francés y a la vez no fueran rezagados en el conocimiento de las materias ni en el nivel de inglés.

Aquellos resultados, no obstante, se produjeron en unas circunstancias muy precisas. No en vano, se había ofrecido a grupos de alumnos anglófonos participar, de forma voluntaria, en el programa, que consistía en estudiar parte del currículum en francés. En Canadá, los funcionarios nacionales deben dominar las dos lenguas, así que la enseñanza en cuestión era útil para la futura carrera profesional del alumno. En estos grupos, todos los alumnos eran anglófonos e, insisto, todos eran, además, voluntarios. Los profesores, por su parte, tenían la misma formación docente que los demás profesores canadienses. Posteriormente, se comprobó que el éxito del programa estaba relacionado con la capacidad cognitiva de los alumnos en cuestión. Los alumnos con baja capacidad cognitiva o con problemas de conducta optan por abandonar los programas de inmersión y, muchas veces, pierden un año, porque su inglés no se ha desarrollado tanto como el de los alumnos sin inmersión.

“El proyecto catalán de inmersión se basa en una visión de la historia, de la lengua y de la política al servicio de un movimiento, el nacionalista, con afán hegemónico”

El proyecto catalán de inmersión es distinto. Se basa en una visión de la historia, de la lengua y de la política al servicio de un movimiento, el nacionalista, con afán hegemónico. Ya en los años 1960, Pujol escribió que el futuro de Cataluña como nación debía basarse en la lengua como «hecho diferencial», lo que pasaba por convertir a los hijos de los obreros de habla castellana en catalanoparlantes por la vía de la educación.

En 1981 se empezó a imponer el catalán como lengua vehicular. Al comienzo, como queda dicho, se habló de una «normalización» lingüística. Se decía que imponer el catalán era necesario para que Cataluña siguiera siendo bilingüe, porque el catalán estaba «amenazado». Un argumento recurrente era que los alumnos ya aprendían el castellano en la calle. Junto con los medios de comunicación, la educación fue elegida como el instrumento fundamental para la ingeniería social del nacionalismo.

Lo que se impuso en la enseñanza pública fue la inmersión obligatoria, temprana y total en catalán, y solo los padres con recursos económicos podían (pueden) evitarla, inscribiendo a sus hijos en un colegio de pago. Si los nacionalistas se hubieran fijado como objetivo el bilingüismo, habrían inmersionado también a los catalanohablantes en el castellano. Actualmente, el proyecto escolar catalán tiende a favorecer el éxito escolar de los catalanoparlantes, mientras que los



El nacionalismo no acepta que los alumnos y sus padres puedan escoger la lengua española como lengua vehicular en colegios catalanes de titularidad pública.

alumnos no catalanoparlantes, de familias del sur de España o inmigrantes latinoamericanos deben estudiar en otra lengua sin haberlo pedido. Los nacionalistas pretenden que la inmersión ha sido un éxito en Cataluña, pero hay un alto nivel de fracaso escolar entre los hablantes maternos de cas-



Inger Enkvist (1947) es una hispanista y ensayista sueca. Licenciada en filología francesa, empezó a trabajar en la enseñanza primaria, secundaria y media de Suecia como profesora de francés y luego también de inglés; posteriormente hizo su tesis sobre literatura española, doctorándose en Letras por la Universidad de Gotemburgo (Suecia). Ha traducido al sueco a Mario Vargas Llosa y Juan Goytisolo y publicado estudios Unamuno, Ortega y Gasset, María Zambrano y Fernando Savater, entre otros autores. En el campo de la educación, se ha significado por su discurso en defensa de valores como el esfuerzo y el mérito, la recuperación de la memoria como método de aprendizaje y, en general, la refutación de nociones como el espontaneísmo pedagógico o el buenismo escolar. Es, asimismo, una encendida detractora del tipo de inmersión lingüística que se practica en Cataluña.

tellano y de otras lenguas. A la vez, estudiar en catalán «encierra» a los alumnos en Cataluña, porque tienden a hablar y escribir un castellano mezclado con el catalán.

Además, imponer como lengua vehicular el catalán ha ido de la mano de un adoctrinamiento político generalizado. Los nacionalistas se presentan como víctimas de injusticias históricas. Repiten a menudo que Franco perseguía el catalán, cuando lo cierto es que con Franco, en 1967, había más horas de catalán (5) en la escuela catalana de las que hay ahora de castellano (2). En las escuelas catalanas de hoy han desaparecido canciones, poemas y refranes en castellano, pero por todos lados se ven la bandera catalana y las fotos de Pujol o del presidente de turno.

Todo lo anterior subraya que el uso de la inmersión en Cataluña es totalmente diferente del que se emplea* para aprender un idioma. ¿Qué debe hacerse? Hace falta reescribir el artículo de la Constitución que se ocupa de las lenguas y no dejar la educación en manos de las autonomías. Debe ponerse fin a la inmersión obligatoria en catalán y reintroducir un examen de bachillerato en castellano exactamente igual en toda España.

LOS CATALANOESPAÑOLES SE ECHAN A LA CALLE

Joaquim Coll



© EFE

MANIFESTACIÓN DEL 8 DE OCTUBRE - 08/10/2017

Después del intento del secesionismo de quebrar el orden constitucional, la ciudadanía sale a la calle para expresar su apoyo a la Constitución y a la democracia españolas. La manifestación, organizada por Societat Civil Catalana, pasa a la historia como una de las más multitudinarias de cuantas se han celebrado en Barcelona.

La manifestación constitucionalista del 8 de octubre de 2017 se anunciaba multitudinaria, aunque nadie se lo acabara de creer del todo. La tensión sociopolítica en Cataluña se había vuelto extrema tras el referéndum ilegal del 1 de octubre y el anuncio de que

el martes siguiente (día 10) el Parlamento catalán iba a proceder a declarar la independencia. Había miedo en la sociedad catalana ante lo que pudiera acabar ocurriendo. Los catalanes contrarios a la secesión se sentían huérfanos y solo habían recuperado el ánimo

después de escuchar el trascendental discurso del rey Felipe VI, pronunciado la noche del 3 de octubre. Ese día se vivió otra angustiosa jornada con la celebración de una huelga general (bautizada por los nacionalistas como «vaga de país») que paralizó por completo la administración y la enseñanza, parte del comercio, el transporte y los servicios. El objetivo de la protesta era denunciar los excesos policiales del 1-O, pero en realidad se había convocado con anterioridad como continuación del referéndum secesionista.

En medio de ese clima de crispación e incertidumbre, Societat Civil Catalana decidió convocar una manifestación bajo el lema *Prou! Recuperem el seny* (¡Basta! Recuperemos la sensatez) para el domingo 8 al mediodía. No era la primera vez que dicha entidad, galardonada en 2014 con el premio Ciudadano Europeo, llamaba a la movilización en la calle. Hasta entonces sus éxitos habían sido modestos en ese terreno, sobre todo en comparación con las coloridas y multitudinarias manifestaciones independentistas que se celebraban cada año. Fiel a la estrategia nacionalista de confundir la parte con el todo, el secesionismo catalán se había lanzado desde 2012 a una intensa campaña de agitación y propaganda, sin paragón en Europa occidental, para hacer creer dentro y fuera de España que su reivindicación era mayoritaria en la sociedad catalana y que la consecución de la independencia era un proceso histórico inevitable. El hecho de que durante cinco años las entidades soberanistas consiguieran convocar a cientos de miles de personas hizo que muchos acabaran por creer ambas cosas y acomplejó a los catalanes contrarios al *pro-*

cés, que jamás concibieron la posibilidad de igualar esas demostraciones de fuerza. A diferencia de los medios públicos dependientes de la Generalitat y de otros muchos generosamente subvencionados que actuaban como convocantes de las manifestaciones independentistas, el sistema mediático español apenas había dado voz a las entidades civiles de los catalanoespañoles hasta que la amenaza secesionista pasó a ser una realidad inquietante tras el pleno del Parlamento catalán de los días 6 y 7 de septiembre.

Durante la primera semana de octubre, en la que se temía que una dualidad de poderes (Generalitat versus Estado) acabaría disputándose el control del territorio, el secesionismo creyó que no encontraría ningún freno en la sociedad catalana. Sin embargo, se estaba gestando una fuerte ola de contestación que estallaría el domingo 8 inundando las calles de Barcelona. Los días anteriores había habido protestas espontáneas de jóvenes que, con banderas catalanas, españolas y europeas, habían recorrido las calles desde la zona alta hasta el centro de la ciudad. Ese fin de semana, se registraron concentraciones convocadas únicamente por redes sociales y sin ningún tipo de apoyo político en diversas ciudades, como Mataró, Badalona y Tarragona. Como respuesta a las caceroladas nocturnas convocadas por el independentismo y la izquierda populista, los catalanoespañoles respondieron vistiendo sus ventanas y balcones con banderas constitucionales o contraprogramando el ruido de las cacerolas con el *Mediterráneo* de Serrat.

La angustia que se vivía hacía prever que el día 8 se iba a asistir a una manifestación

sin precedentes. Se palpaba en el ambiente una necesidad por parte de los catalanoespañoles de hacerse visibles y lanzar un mensaje de oposición frontal a la ruptura con el resto de España. Por primera vez, los medios de comunicación de ámbito nacional dieron publicidad a la convocatoria de Societat Civil Catalana, y eso propició que muchísima gente venciera el miedo a salir a la calle. Por su parte, las entidades independentistas, viendo venir esa marea, lanzaron algunos mensajes de estigmatización hacia una movilización que iba a desmontar el mito de «un sol poble» («un solo pueblo»). El secesionismo llamó a vaciar las calles, a cerrar balcones y ventanas en señal de rechazo, mientras los medios de comunicación nacionalistas intentaron asociar esa manifestación con la extrema derecha franquista, y afirmaron que la mayoría de los participantes estaban siendo «transportados» desde fuera de Cataluña.

El éxito del 8 de octubre obligaría a cambiar el relato sobre la sociedad catalana. La cabecera de la manifestación tardó horas en recorrer un trayecto de apenas 2 km, y miles de personas no pudieron llegar hasta el final de la marcha para escuchar los discursos de Mario Vargas Llosa y de Josep Borrell.

“El secesionismo creyó que no encontrarían ningún freno en la sociedad catalana. Sin embargo, se estaba gestando una fuerte ola de contestación que estallaría el domingo 8 de octubre.”

En la protesta se mezcló una enorme pluralidad de gente, de diferentes orientaciones políticas y de extracciones sociales diversas, principalmente familias venidas de los barrios de clase media y alta de Barcelona junto a cientos de miles de personas

llegadas de los barrios populares y las ciudades del área metropolitana. Fue la demostración palpable de que el conflicto soberanista era sobre todo un conflicto entre catalanes. El clima de la marcha fue de indignación y rabia ante los acontecimientos políticos que habían sucedido desde septiembre, y de rechazo a un propósito independentista que parecía irrefrenable.

Su extraordinaria importancia fue reconocida por el entonces presidente de la Generalitat, Carles Puigdemont, en su intervención en el pleno del Parlamento catalán del día 10 de octubre, situándola al mismo nivel que las manifestaciones de signo contrario. En la explicación del curso de los acontecimientos fue un factor fundamental, junto a la estampida financiera y empresarial, para frenar la tentación separatista, tantas veces anunciada, de una ruptura unilateral a principios de octubre, que probablemente nos hubiera llevado a un escenario de conflicto civil entre catalanes.



Joaquim Coll (Barcelona, 1967) es doctor en Historia Contemporánea por la Universidad de Barcelona, especialista en el catalanismo político (particularmente en su génesis) y ha impartido clases como profesor asociado en la UB y la UAB. Colabora semanalmente en *El Periódico* y en *Crónica Global*, y puntualmente en *El País*. Es autor, junto a Juan Arza, del ensayo *Cataluña, el mito de la secesión: Desmontando las falacias del soberanismo* (Almuzara). Fue vicepresidente primero y portavoz de Sociedad Civil Catalana desde su fundación, en abril de 2014, hasta octubre de 2016.



aloe

ALIANZA DE LOS DEMÓCRATAS
Y LIBERALES POR EUROPA 

© de los autores

© de los retratos de los autores: José María Beroy, 2018

Coordinación editorial, maquetación y diseño de cubierta: Editorial Funambulista

Impreso en España

Constitucionalismo en el horizonte europeo

Coordinación de
Teresa Giménez Barbat



ALIANZA DE LOS DEMÓCRATAS
Y LIBERALES POR EUROPA >>

«Ninguno de los órganos de la UE han mostrado una sola fisura frente a quienes, en nombre de la identidad, desearían regresar a la suma de beligerancias que fue Europa antes de que los padres fundadores pusieran los cimientos de lo que somos hoy en día: la comunidad más próspera, ilustrada y progresista del planeta. Una comunidad que, en virtud de los principios de cooperación y solidaridad, se ha conformado como un espacio no sólo económico o político, sino también moral. Este libro no pretende ser sino una modesta contribución al fortalecimiento de ese espacio moral.»

(De la introducción)